

Historia intelectual, historia de los intelectuales. Un acercamiento al campo histórico del tema*

INTELLECTUAL HISTORY, HISTORY OF INTELLECTUALS.
AN APPROACH TO THE HISTORICAL FIELD OF THE SUBJECT

María Elena González Cifuentes**

Fecha de recepción: 18 de enero del 2011

Fecha de aprobación: 9 de marzo del 2011

RESUMEN

El siguiente texto es un balance sobre algunos de los textos (clásicos unos) que han abordado el debate sobre la historia intelectual y por supuesto el debate sobre el *ser* y el *deber ser* del intelectual. Con este balance se pretende demostrar la pertinencia de este debate, su inacabada discusión, su trayectoria en otras disciplinas, así como la necesidad de un mayor diálogo entre quienes lo practican.

Palabras clave: historia intelectual, intelectuales, historia de las ideas, intelectual subalterno, poder y política.

ABSTRACT

This paper makes an assessment of a number of texts (classics) dealing with the debate on intellectual history, as well as the discussion about the *being* and *must be* of intellectuals. The idea is to demonstrate the relevance of this debate, as well as of its endless discussion, its trajectory in other disciplines and the need for more dialogue between those who practice them.

Keywords: intellectual history, intellectuals, the history of ideas, subaltern intellectual, power and politics.

* Este artículo hace parte del primer capítulo del trabajo monográfico titulado "Antonio García Nossa. El intelectual del socialismo a la colombiana", que la autora ha desarrollado para optar al título de Magister en Historia de la Universidad del Valle.

** Socióloga, Especialista en Teoría y Métodos de Investigación Sociológica de la Universidad del Valle. Docente Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle.
Correo electrónico: megonzalez@unisalle.edu.co.

INTRODUCCIÓN

El campo de estudio conocido como historia intelectual-historia de los intelectuales no ha sido para los estudiosos del tema una tarea fácil de abordar, por su “indeterminación epistemológica”, toda vez que es un debate que se define como ‘*campo histórico especial*’ en términos de relaciones externas y temporales. Como lo anota Félix Gilbert (1972, p. 145), la historia intelectual no es una temática nueva, pero sí lo es la forma como se la ha abordado. Así, si entendemos historia intelectual como los estudios sobre el progreso del saber, este se ha abordado desde las figuras académicas, desde el análisis del cambio y el progreso en el método, desde los movimientos que alcanzan protagonismo en la escena nacional o internacional, desde los campos de pensamiento de una época o desde las ideas que determinan estas evoluciones, es decir, la relación entre pensamiento y acción.

La dificultad que ha experimentado la historia intelectual para constituirse como un campo específico de la historia halla sus raíces en la misma concepción que de la historia se ha tenido como una disciplina particular de pensamiento. Así, se ha afirmado que *toda historia es historia intelectual* como historia del pensamiento, o que *ninguna historia es historia intelectual*, porque historia como *res gestae* implica que lo pensado por el hombre se incluya en lo hecho por él. Pero las transformaciones en la disciplina histórica han ido demarcando una nueva etapa en la historiografía dentro de la cual se reconoce a la historia intelectual como un campo particular de investigación.

Desde los siglos XVI y XVIII, la Historia ha transitado por descripciones detalladas de acontecimientos políticos, diplomáticos y militares realizados por hombres de Estado o por quienes tomaron parte en esos acontecimientos; el siglo XIX va a significar un paso adelante en el papel que se le va a conferir a las ideas. La historia se alía con la filosofía, de ahí la concepción de que cada periodo de la historia estaba unido al siguiente en una sucesión lógica. Recordemos a L.V. Ranke, para quien cada periodo de la historia era reflejo de una sola idea y esta idea moldeaba sus distintos aspectos. El común denominador de estas épocas es la de considerar las ideas como: “Ingredientes inseparables de la historia eclesiástica, constitucional, jurídica y política; las ideas como uno de varios conjuntos de acontecimientos que incluyen a la historia de la cultura, de los lenguajes y de las artes; y las ideas como abstracciones supra históricas que resumen la historia antropológica de las especies” (Krieger, 1973, p. 500).

Pero va a ser el marxismo el que le va a dar a las ideas un papel dentro de la vida social, derrocando esa concepción idealista del mundo. Ahora se les

reconocería a las ideas un papel relevante como funciones de la sociedad, aunque como lo anota Leonard Krieger, el ubicar el papel de estas dentro de la *superestructura*, el papel de la *falsa conciencia*, si bien representó un avance, fue también hasta cierto punto un hilo conductor con ese pasado hegeliano con el que se quería romper. Ni Engels ni Marx se preocuparon por demostrar la forma como las *nociones ideológicas* se construían (Krieger, 1973, p. 500).

El positivismo fue también esa otra corriente que contribuyó a destronar los supuestos de una realidad ideal detrás del mundo fenomenológico; nuevos métodos permitieron la apertura hacia nuevas fuentes: los diarios, las cartas personales, las notas de lectura, etc., van a ser vistas con nuevos ojos históricos: si bien toda obra intelectual es producto de la mente de su autor, su función como tal también la determina; es parte de un debate intelectual, responde a preguntas planteadas anteriormente (Gilbert, 1972, p. 150).

Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, la historia intelectual, o historia de las ideas, tuvo también sus dificultades para erigirse en un campo de estudio particular. Es así como en Francia, según lo afirma François Dosse, la historia de las ideas no encontró durante estos años un clima académico e intelectual propicio. Varias serían las razones para ello, de un lado, “la enseñanza propiamente filosófica en la formación de todo el público escolarizado”, el “éxito exclusivo de la historia de las mentalidades en los años 1970”, pero sobre todo: “El programa definido por la escuela histórica francesa de los Annales, que ha seguido la exhortación del sociólogo discípulo de Durkheim, François Simiand en 1903, que requería a la tribu de los historiadores para derribar sus tres ídolos: el ídolo biográfico, el cronológico y el político” (Dosse, 2006, pp. 12-13).

No obstante, la historia intelectual ha tenido desarrollos importantes en el mundo anglosajón, que como lo afirma el mismo Dosse, “Después de haber conocido un impulso bastante claramente idealista bajo la fuerza de Lovejoy, esta historia de las ideas tiende a transformarse en historia intelectual en el mundo anglosajón bajo la influencia del *linguistic turn*” (Dosse, 2006, p. 181). Como representante de este giro tenemos en los Estados Unidos a Dominick la Capra y Steven Kaplan (La Capra et ál., 1982). Por su parte, los ingleses Jhon Pocock, Jhon Dun y Quentin Skinner han dirigido sus reflexiones hacia el desarrollo conceptual, hacia la manera de concebir la historia intelectual. Así, por ejemplo, Skinner, en sus estudios sobre el pensamiento político moderno, ha señalado la necesidad de restituir históricamente el contexto en que una obra ha sido escrita, para entender “la intencionalidad y la estrategia escrituraria del autor” (Dosse, 2006, p. 222).

Esta preocupación por articular la historia intelectual con el pensamiento político ha tenido en Francia representantes como François Furet, Pierre Nora,

Claude Lefort, Pierre Rosanvallon, entre otros. Este último reconoce la importancia de una historia intelectual de lo político, y el aporte e influencia mutuos de un enfoque filosófico de la historia política, de la filosofía del derecho, de la antropología política, pues ha permitido a unos y a otros que “lo político no [sea] para ellos una ‘instancia’ o un ‘ámbito’ entre otros de la realidad [sino] el lugar en el que se articulan lo social y su representación, la matriz simbólica en la que la experiencia colectiva se enraíza y se refleja a la vez” (citado en Dosse, 2006, p. 245).

Pero para la discusión sobre la relación entre historia intelectual e intelectuales, solo hasta los años ochenta, con la creación del Grupo de Investigación sobre la Historia de los Intelectuales en 1985 y la publicación de *Les Intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus á nos jours*, de Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, comienza este campo de estudio a tener sus difusores en Francia. Pero también para F. Dosse habría existido una razón más para la dificultad de establecer una delimitación de este campo y tiene que ver con la noción de intelectual, polisémica y polimorfa, según los periodos históricos y los espacios civilizatorios en los que se le ha querido ubicar.

Esta noción ha oscilado entre una concepción sustancialista —asimila a los intelectuales como un grupo social en particular— o nominalista —los describe por su compromiso en las luchas ideológicas y políticas—, en las que Emilio Zola y su defensa del caso Dreyfus se erigen en esa figura del intelectual comprometido con causas universales. Sin embargo es su ausencia en los compromisos éticos del presente (la muerte del intelectual), o su proliferación cada vez más dada a la figuración personal, lo que ha permitido que la pregunta por “los intelectuales” haga volver la cara a la academia para “recoger el hilo de Ariadna”, y así el tema vuelva a ocupar a los seguidores de Clío.

Por esas razones, y sin desconocer la importancia del debate teórico-metodológico de la historia intelectual como tal, el objetivo del presente artículo se centra especialmente en hacer un recorrido en el debate que el concepto intelectual-intelectuales ha suscitado en algunos autores. De ahí que sigan siendo pertinentes preguntas como: ¿qué es un intelectual? ¿Hay un perfil intelectual común para una época determinada? ¿Cuál es la línea divisoria entre los movimientos intelectuales de una época determinada? ¿Cuál es la importancia de los medios de comunicación intelectual (manuscritos, libros, revistas, etc.) en una sociedad y en un momento dado? ¿Cuál es la trascendencia de estos en el tiempo social e histórico?. Como lo dice Félix Gilbert, “El historiador intelectual reconstruye la mente del individuo o de grupos en los momentos en que tuvo lugar un acontecimiento particular o se logró algún avance” (Gilbert, 1972, p. 158).

ESTADO DE LA CUESTIÓN: EL SER Y EL DEBER SER DEL INTELLECTUAL

EL SER

Siguiendo a Maurice Blanchot, “Huelga decir que, según el momento (y los siglos), varía el poder, la justificación y la definición de los intelectuales” (Blanchot, 1984, p. 8). Igual postura comparte Norberto Bobbio, para quien el problema del intelectual no solo es viejo, sino que a cada sociedad, a cada momento histórico, le ha correspondido sus intelectuales que han ejercido un poder espiritual e ideológico en contraposición al poder político (Bobbio, 1998, p. 103).

Este tipo de poder espiritual e ideológico ha sido llevado a cabo por sacerdotes, literatos, científicos, técnicos, filósofos o intelectuales, quienes a través de la apropiación de ciertas formas del saber (doctrinas, códigos morales, manifiestos, prensa, escritos, etc.) han ejercido influencia sobre el comportamiento de los demás. Es así como para Bobbio, con el término *intelectual u hombre de letras*, se pasa a definir a todos aquellos creadores, portadores y difusores de ideas, teorías, doctrinas y, en últimas, concepciones del mundo que van a ayudar a constituir un sistema de ideas.

Desde esta amplia conceptualización, François Dosse tiene en cuenta figuras como las “del poeta, del adivino, del héroe, del sabio, del sofista y del filósofo-médico”, rescatados por Nicole Loraux y Carles Miralles como figuras intelectuales (Dosse, 2006, p. 20). Igualmente, Jacques LeGoff considera como intelectuales a los “vendedores de palabras” del siglo XII. Estos hombres de ciudades van a corresponder a la nueva división del trabajo que caracterizó a estos nuevos tiempos, al nuevo paisaje intelectual de la cristiandad occidental en el paso del siglo XII al XIII. Con este término, LeGoff designa “a quienes tienen por oficio pensar y enseñar su pensamiento” (Le Goff, 1996, p. 21), tanto en el taller como en el aula de clase universitaria. Estos son los espacios desde donde ejercieron su profesión los goliardos prototipo del intelectual producto de la movilidad social, contra quienes se alzaría la crítica de la sociedad por su tendencia a razonar, su espíritu corporativo, su anticlericalismo y su propensión a la polémica.

Pero el término “intelectual” o, más precisamente, “intelectuales”, fue acuñado por el novelista Boborykin para designar el conjunto de librepensadores (escritores políticos, críticos literarios, literatos y novelistas) que instigaron el proceso de crítica a la aristocracia zarista y a la situación de empobrecimiento y atraso de la sociedad rusa, proceso que va a culminar con el momento conocido como la Revolución Rusa. Es así como el término *intelectuales* va a tener la connotación de “antagonista del poder” o de quien toma una distancia crítica

frente a toda forma de dominio coercitivo, especialmente cuando este apunta a socavar la libertad de ideas. Pero va a ser con el caso Dreyfus que el término comienza a tomar un significado más amplio a partir del “Manifiesto de los intelectuales”, firmado por un grupo de hombres de letras que van a combatir “[...] la razón de Estado en nombre, sin más especificaciones, defendiendo la verdad de la que se consideran depositarios y guardianes contra la ‘mentira útil’” (Bobbio, 1998, pp. 116-119).

EL DEBER SER

Este hecho de reconocerse ellos mismos como ‘intelectuales’, de reconocerse como miembros de un colectivo que apela en nombre de unos principios de carácter universal (la justicia y la verdad), va a darles un sello particular al ser y al deber ser del intelectual. Estos principios harán parte del reclamo de Julien Benda a los intelectuales en esos momentos aciagos que vivió Europa (1924-1927) en los que se exacerbaban los nacionalismos y la democracia sufrió una crisis tanto en sus principios como en su aplicación práctica. Es la época del surgimiento de los Estados totalitarios, el comienzo del reinado del fascismo, que como un fantasma empieza a recorrer Europa.

Este frenesí es el que manifiesta Julien Benda en su célebre libro *La traición de los intelectuales* (Benda, 1941), a quienes va a acusar de rebajarse a la defensa de pasiones políticas, como los sentimientos patrióticos y los sentimientos de clase que han terminado en un vulgar chovinismo y en la lucha de clases. Para Benda estas pasiones políticas si bien eran antes “[...] ingenuas explosiones del instinto desprovistas al menos en la mayoría de toda prolongación de sí mismas en ideas, en sistemas [...]” (Benda, 1941, p. 32), se han tornado ahora en “toda una red de doctrinas fuertemente constituidas cuya única función es representar, desde todo punto de vista, el supremo valor de su acción y en las cuales se proyecta decuplicando naturalmente su poderío pasional” (Benda, 1941, p. 33). Y es aquí donde los intelectuales tienen su cuota de participación, al colocar la ciencia al servicio de lo terrenal.

Para Benda, los intelectuales como hombres de ideas, como hombres de ciencia, como hombres de espíritu, han hecho de nuestro siglo, “[...] el siglo de la organización intelectual de los odios políticos” (Benda, 1941, p. 33); al pisar la arena de la plaza pública, se han colocado al lado de lo profano, de lo inmediato, de lo temporal, en otras palabras se han colocado al lado de este mundo que no es el suyo, pues para Benda el reino verdadero de los intelectuales es el del ejercicio y la defensa de los principios universales de la justicia, la verdad, la defensa del humanismo, de las ideas liberales que en un momento caracterizaron

la grandeza de Francia y que solo han tenido parangón en la historia con la cultura helénica. La traición de los intelectuales toma más sentido por el reconocimiento que la sociedad hace de su saber, de su conocimiento, de su palabra, de ahí que las pasiones políticas por ellos defendidas adquieren fuerza persuasiva, sensibilidad y prestigio moral. ¡He aquí su responsabilidad social y política!

Dicha responsabilidad social y política ha dado y seguirá dando para debates, no solo frente a quienes son o han sido los intelectuales, sino ante quienes merecen dicho calificativo; si finalmente con la *muerte* de las ideologías o el *fin* de la historia tienen razón de existir, y si la tienen, cuál es y sería su función. Siguiendo a Benda, pero matizando su apego a un mundo idealizado y abstracto, Bobbio, cuya vida transcurrió a la par de acontecimientos decisivos para el mapa político de Europa (ascenso y caída del fascismo, auge de los movimientos de resistencia, ascenso del comunismo, caída del muro de Berlín), recoge también sus banderas de la justicia y la libertad a nombre de la defensa del gobierno de las leyes contra el gobierno de los hombres, de la defensa de la política laica, entendiéndose el laicismo como ejercicio del espíritu crítico contra su opuesto, el dogmatismo de los católicos y de los comunistas.

En efecto, este “socialista democrático”, como se definía él mismo, comenta en su libro *Autobiografía* que su relación con los comunistas nunca fue de enfrentamiento, es más, reconocía la deuda que el mundo europeo tenía con los soviéticos en la derrota del fascismo, sin embargo en medio de las diferencias en las concepciones sobre la sociedad y el Estado moderno, los asumía como interlocutores a quienes podía dirigirse: “Vosotros andáis escribiendo en las paredes ¡Viva Stalin! y nosotros en cambio escribimos Justicia y Libertad” (Bobbio, 1998, p. 103). Estos acontecimientos jugaron un papel importante en movilizar a intelectuales como Croce y Martinetti, e incluso al joven Bobbio se vio abocado a manifestarse con artículos políticos en periódicos clandestinos, como el órgano del Frente de Intelectuales, *Múora dell Múazione*, o en el cotidiano del Partito de Azione, *Giustizia e Liberta*. Todas estas actividades afianzaron su papel como intelectual, papel que lo llevó a participar en la Societá Europea de Cultura ideada y promovida por Humberto Campagnolo en 1950, cuyo propósito fue: “Oponer a la política de los políticos, a los cuales reconocíamos la legitimidad pero no la exclusividad del quehacer político, contraponíamos la política de la cultura, a la que atribuíamos la tarea de defender los presupuestos mismos de toda convivencia civil” (Bobbio, 1998, p. 120).

Esta experiencia hizo de Bobbio el intelectual que asume que su función como tal es la de mediador y moderador entre dogmatismos opuestos, con el fin de buscar entre contendientes una solución pacífica. Por esto, para Bobbio el lema del intelectual debe ser: “Independencia pero no indiferencia”. Igual posición

asume Blanchot, para quien el intelectual: “Jamás es el hombre del compromiso... Ello no quiere decir que no tome partido, al contrario: como su decisión nace del pensamiento que considera más importante —pensamiento del peligro y pensamiento contra el peligro—, es el obstinado, el resistente. Pues no hay valor más tenaz que el valor del pensamiento” (Blanchot, 1984, p. 6).

Esa fluctuación de la esfera intelectual a la política y viceversa pone de presente una de las dificultades que encuentra la definición de la palabra ‘intelectual’. Como bien lo anotaba el historiador Gilberto Loaiza en su conferencia titulada “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, el intelectual ha sido una especie de huésped de la política; difícil pensar a un intelectual ajeno a redes de poder políticas, científicas o de otra índole. En esta relación intelectual-política, dice Loaiza:

Hay que recordar que los intelectuales son el resultado, feliz o desgraciado, de las duras carreras de la meritocracia para conseguir el acceso privilegiado al consumo y a la producción de bienes simbólicos que suelen estar distantes de mujeres y hombres comunes. El intelectual, por tanto, es un político en potencia (a veces parece un político frustrado) acostumbrado a influir directamente en auditorios restringidos y dispuestos a influir en otros más amplios y se halla ubicado de tal manera en su sociedad que puede disfrutar más fácilmente que otros de los goces del poder como también puede padecer más directamente sus efectos aniquiladores (Loaiza, 2002, pp. 64-65).

EL DEBER SER DEL INTELECTUAL: ¿SU RELACIÓN CON EL PODER: PARTIDARIOS O ANTAGONISTAS?

En efecto, Lewis A. Coser, en su libro *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo* (Coser, 1968), nos muestra cómo a pesar de compartir las ideas del intelectual como guardián de valores universales y abstractos como la razón, la justicia y la verdad, los intelectuales “han estado fascinados con el poder [...] Con más frecuencia han tratado de ejercer influencia sobre los hombres en el poder, de hacerlos instrumentos de sus designios” (Coser, 1968, p. 145). En efecto, los clasifica así: los intelectuales en el poder, los que lo socavan desde adentro, los que lo legitiman, los críticos, y los que utilizan una mirada comparativa hacia el extranjero para avergonzar a sus contemporáneos sobre su presente o simplemente como una huida espiritual.

Así, entre los primeros tenemos a los jacobinos, quienes trataron de rehacer a Francia a la imagen de la razón pura moralizándolo todo, desde las instituciones

del Estado hasta la vida íntima y cotidiana de los Franceses, hasta el punto de convertirse en “inquisidores conscientes que torturaban a los hombres para salvar a sus almas” (Coser, 1968, p. 163); los bolcheviques para quienes “[...] el pensamiento solo tenía valor si era el preludio de la acción [...] todo esfuerzo intelectual debía tener una meta política”, y todo esto debía materializarse en su participación activa en el Partido. En relación con los segundos, Coser nos presenta a los fabianos, a quienes califica de “oficiales de la inteligencia sin ejército”, y como tales colocaron todo su saber: proyectos, reformas, estadísticas, publicaciones, conferencias, redes sociales, para transformar gradualmente la sociedad. Igual papel jugaron los jóvenes de clase media estadounidense de los años treinta, los llamados “jóvenes del Nuevo Trato”.

Pero también la fuerza persuasiva de estos intelectuales los hará ser manipulados por quienes ostentan en su momento el poder para legitimarlo. Es el caso de la manipulación que hará Napoleón de Madame Helvétius, Turgot, Condorcet, quienes se veían a ellos mismos como herederos de una tradición violentada por la Revolución y los jacobinos. Igual manipulación hará dos siglos después Gomulka con los revisionistas polacos en 1956, quienes se alinean tras Gomulka en su batalla contra los rezagos estalinistas del partido comunista polaco, llevándole a este al poder y convirtiéndose después en sus víctimas dada su capacidad de crítica y de persuasión.

Entre los críticos del poder tenemos a los abolicionistas, quienes enarbolaron su lucha contra el poder, en 1830, con las banderas que demandaban el fin de la esclavitud; a los *dreyfusards*, quienes “transformaron lo que originalmente era un debate concreto sobre un posible fracaso de la justicia, en una controversia sobre principios básicos” (Coser, 1968, p. 229) y, finalmente, a quienes ante el estado de cosas que rechazan, optan por buscar “... una armonía más afín en el extranjero” (Coser, 1968, p. 238), como los intelectuales británicos y norteamericanos de los años treinta, quienes vieron a la Unión Soviética como una nueva civilización, “un verdadero Estado de bienestar”.

Pero siguiendo a Bobbio, este hace nuevamente una distinción entre el accionar del intelectual y el del político: el primero actúa bajo la ética de la convicción de acuerdo con el deber sin preocuparse por las consecuencias, porque su guía es la razón de Estado. Bobbio diferencia entre “política de la cultura” y “política de los políticos”, declarándose partidario de la primera, pues su ejercicio supone una serie de elementos tales como una participación más amplia pero neutral, una imparcialidad de juicio que supone una visión unitaria y global del proceso histórico en acción, la elección de las ocasiones en las que la intervención es oportuna, una renuncia al beneficio de las consecuencias inmediatas, una conciencia de la autonomía de dicha política de tal manera que esta facilite

la búsqueda de nuevos modelos de relaciones humanas (y, en últimas, de la vida social) y, finalmente, dicha “política de la cultura” debe propiciar la integración de las distintas civilizaciones, una integración del saber: “no solo puedes lo que debes”, sino que también, “debes lo que puedes” (Bobbio, 1998, p. 56): “Por lo demás tenemos, mis amigos y yo, una sola fuerza, la de carecer de ambiciones que hacer valer, así como intereses que defender, la de considerar la actividad política como un deber civil, a veces incluso molesto: antaño se decía un deber con la patria, pero ahora que la patria es el mundo, nuestro deber es con la gran patria de todos los hombres unidos por un común destino de vida y de muerte” (Bobbio, 1998, p. 203).

Pero como ya lo hemos señalado, en muchas circunstancias el intelectual como “hombre de lo cultural” se ha visto en la situación de “hombre de lo político”, palabras de Pascal Ory y que François Dosse retoma para ilustrar el caso de Voltaire, quien ante las injusticias cometidas contra el mercader protestante Jean Calas (1762-1765), acusado de asesinar a su propio hijo por convertirse al catolicismo, se erige, convencido de la inocencia de Calas, ante “[...] la imposible defensa del individuo frente a la venganza pública” (Dosse, 2006, p. 24).

Igualmente tenemos ejemplos más cercanos a nuestros tiempos, como los que nos presenta Jeffrey Goldfard con la experiencia de los intelectuales de los países antes comunistas de Europa Oriental y Central, quienes en medio de dificultades de todo orden (ideológicas, económicas y sociales) fueron una pieza clave en el derrumbamiento del totalitarismo. Estuvieron cerca de las luchas obreras, no solo creando publicaciones extraoficiales que informaban, aunque en forma restringida, la razón de estas luchas, sino también desarrollando una estrategia política alternativa como la KOR,¹ para la defensa de los obreros encarcelados, estrategia que se apoyaba en “pedir un juicio justo de acuerdo a la justicia socialista” (Goldfard, 2000, p. 115), en otras palabras, defenderse con las mismas armas.

Es así como utilizaron la retórica del socialismo para apremiar las demandas que iban desde precios justos para los alimentos hasta peticiones de libertad para la prensa y la universidad, logrando un sistema de vida público alternativo pero libre. Los artistas fueron también un grupo clave en esta transformación, pues a través del teatro, conciertos de música, revistas literarias, etcétera, cumplieron la función de sensibilizar al público confrontándolo con las complejidades de la condición humana.

Sin embargo, el ser y el deber ser del intelectual siguen siendo para sus estudiosos los de alguien comprometido con valores universales. Es por esto que

¹ Sigla polaca para designar al Comité para la Defensa de los Trabajadores.

Goldfard, haciendo un símil con el rol de Sócrates en la ciudad ateniense, define al intelectual, en cuanto a su ser y deber ser, como el defensor de lo público, un crítico que pone en tela de juicio lo aceptado por la mayoría, un creador de la palabra, un ser ambiguo en el sentido que está siempre construyendo el presente, un extranjero porque parece estar por encima del bien y del mal, porque puede mirar con distancia los hechos que se suceden a su alrededor y finalmente un ser trascendental que entiende que el sentido de su existencia es jugársela toda por un ideal.

Igualmente, Edward Said, en *Representaciones del intelectual* (Said, 1996), reclama para este la defensa de las verdades básicas y la oposición a la opresión humana, independientemente del partido en que milita, de su procedencia nacional y de sus lealtades primigenias, pues el intelectual “es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público” (Said, 1996, pp. 29-30). Y es que en su connotación más moderna, el descubrimiento de la imprenta y el desarrollo de los medios de comunicación le han dado a la palabra, principal herramienta del intelectual, un poder: la capacidad de formar opinión pública.

Para Bobbio, el fenómeno de la *opinión pública* y el referente moderno de los intelectuales forman una correa de transmisión, son fenómenos concomitantes. Para el sociólogo Jeffrey C. Goldfard los intelectuales han jugado y juegan un papel determinante en las sociedades cuando contribuyen a forjar la vida democrática mediante la contestación política, estos tienen ante sí la paradoja de que en las democracias todo el mundo está informado, pero no *bien informado*, pues la prensa sería compite con la prensa amarillista, y además el cinismo, la confusión y la mediocridad son en muchos casos las características del juego político. Es aquí donde el papel de los intelectuales se desborda en todo su significado, pues cuando proporcionan a las sociedades sus vocabularios políticos “[...] conciben las palabras con las que nombrar los modos alternativos de pensar y actuar en concierto, modos que son comprensibles para el público en general” (Goldfard, 2000, p. 46). O, como dice Pierre Bourdieu, es importante que el espacio en el que se produce el discurso sobre el mundo social funcione como un “campo de luchas”, pero no de “ortodoxias y herejías” (Bourdieu, 2000, p. 66).

EL INTELLECTUAL: ¿UNA CLASE SOCIAL MÁS?

Otro aspecto que ha hecho parte de la discusión sobre el ser y deber ser de los intelectuales es si constituyen un grupo o clase. Antonio Gramsci fue quien inició esta discusión al preguntarse: “¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o todos los grupos sociales tienen sus propias categorías de

intelectuales especializados?” (Gramsci, 1967, p. 21). Este punto lleva a la distinción clásica del “intelectual orgánico”, que “emerge sobre el terreno a exigencias de una función necesaria en el campo de la producción económica” (Gramsci, 1967, p. 22), haciendo parte así de las especializaciones propias de la división del trabajo, y de ahí su papel en el mantenimiento del *statu quo*, su relación con el poder y con la política. Pero el intelectual orgánico por excelencia estaría representado, según Gramsci, por el miembro del Partido Comunista, pues este “es el instrumento y la forma histórica del proceso de la íntima liberación mediante la cual, el obrero, de *ejecutor* se transforma en *iniciador*, de *masa* se convierte en *dirigente* y *guía*, de brazo pasa a ser cerebro y voluntad” (Gramsci, 1967, p. 43).

Un autor que retoma el concepto de “intelectual orgánico” es Alan Knight, en su artículo titulado “Los intelectuales en la Revolución Mexicana”. En este trabajo Knight se interesa por estudiar el papel de los intelectuales durante el periodo de la Revolución (1910 y 1920), pero su interés no va a estar en: “Los intelectuales —los ‘grandes’, los que descollan, los que mejor se expresan— [que] harán mucho ruido [...], pero atrás están los callados y estólidos rumiantes —en este caso, los que se encargan de echar abajo un régimen y levantar otro, trabajando al ‘son importuno’ de los intelectuales, sin realmente depender de su ayuda práctica” (Knight, 1989, p. 29).

En otras palabras, es el intelectual de lo subalterno, y aquí va mas allá de Gramsci al demostrar que si bien en palabras de este “Los intelectuales tipo rural son, en su mayoría, ‘tradicionales’, ligados a la población campesina y a la pequeña burguesía de la ciudad [...] aun no atendidas y puestas en movimiento por el sistema capitalista” (Gramsci, 1967, p. 33), estos intelectuales rurales jugaron un papel clave, movilizador, como, por ejemplo, el cura del pueblo, quien a través de sus sermones, “educaba, curaba, aconsejaba y representaba...”, o el maestro como guía y mentor de su comunidad: “El maestro rural no era un intelectual despegado, indiferente. Era además [...] el símbolo de la tradición liberal”.

Igualmente destaca al abogado muchas veces autodidacta, pero que conocía de leyes de propiedad, convirtiéndose así en la memoria de la comunidad en su lucha por la tierra. A pesar de ello y sin demeritar su trabajo durante los años de la Revolución, a muchos de estos intelectuales orgánicos no les quedará más remedio que trabajar *con* o al menos *para* el Estado revolucionario y así poder seguir luchando por los derechos largamente percibidos.

Por otra parte, Karl Mannheim también se interesó por ubicar sociológicamente el problema de la *intelligentsia* en la modernidad, dada para los intelectuales su “pérdida brusca de certidumbre en sí mismos...” (Mannheim, 1957, p. 153), sobre todo después de que la *intelligentsia* tuvo su época de oro como castas sacerdotales, profetas, humanistas, filósofos románticos. Los intelectuales

modernos van a sentir su impotencia de no ser ya “los magos de los conceptos y los reyes de la ideación, (y) son conminados para que establezcan su identidad social”, de ahí que estos se vieran ante dos caminos: el de hacerse eco de una concepción del mundo como la del proletariado, uniéndose así al partido obrero, o el de adoptar posturas nihilistas. En consecuencia, califica a los intelectuales como una “capa social intersticial” (Mannheim, 1957, p. 154). Es decir, no son una capa social, ni están por encima de las otras clases, pues como todo grupo o individuo que busca un lugar en la sociedad, una orientación social, esta puede corresponderse con una posición de clase y en su caso como intelectual con una educación específica, está preparado para ver los problemas cotidianos desde varias perspectivas que le pueden llevar a actuar como “partidista y alinearse con una clase” (Mannheim, 1957, p. 155).

Discute así Mannheim con una concepción del materialismo histórico de su época que ha hecho del concepto de clase un concepto “*de carácter acorazado*”, que considera no ha superado un realismo hegeliano, pues para el autor la pertenencia a una clase no puede explicar de forma absoluta las acciones de las personas concretas.

Solo sus motivaciones de clase hacen del individuo un miembro de una clase. Una vez que esto está claro, somos capaces de asignar algún significado a la variedad de motivaciones de que dependen las elecciones individuales de tipo político. Algunas personas son influidas por una única motivación preponderante, mientras que otras están sometidas a incitaciones en conflicto. Esto es aplicable no solo a los intelectuales, sino a cualquiera que pertenezca a una profesión bien atrincherada, a la que no tengan fácil acceso los extraños (Mannheim, 1957, p. 161).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El carácter de “indeterminación epistemológica” de la historia intelectual y el carácter polisémico del ser y deber ser del intelectual no han anquilosado el debate teórico-metodológico, que no se agota en los autores aquí trabajados. La literatura que lo enriquece no solo es abundante en el campo de la historia, sino que también los aportes de otras disciplinas, como la filosofía, la antropología, la sociología, la lingüística, entre otras, han contribuido y lo seguirán haciendo en la medida que el trabajo interdisciplinar se constituya en el itinerario de las investigaciones.

La superación de la falsa alternativa entre la lógica interna de las obras, las ideas, y los contextos históricos que las ven nacer es ya un camino abonado mas no

totalmente resuelto. Sin embargo, no podemos negar que la emergencia del estudio sobre la historia intelectual y sobre los intelectuales pone de presente no solo la importancia estratégica de sus discursos, sino también su rol en ese “*fosfo no colmado*” entre historia y memoria (Dosse, 2006, p. 286). Este debate, por supuesto, también ha copado el interés de los círculos historiográficos tanto de América Latina como de Colombia, debate que hará parte de otra publicación.

REFERENCIAS

- Benda, J. (1941). *La traición de los Intelectuales*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- Blanchot, M. (1984, marzo). Les Intellectuels en question. Ébauche d'une réflexion [Los intelectuales en cuestión. Proyecto de reflexión]. *Le Débat*, 29.
- Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bobbio, N. (1998). *Autobiografía*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de Sociología. ¿Están los intelectuales al margen?* Madrid: Ediciones Itsmo.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Coser, L. A. (1968). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, F. (2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Gilbert, F. (1972). Intellectual History: Its aims and methods [Historia intelectual: sus propósitos y sus métodos]. En F. Gilbert & S. Graubard (eds.), *Historical Studies Today*. Nueva York: Norton and Company Inc.
- Goldfarb, J. (2000). *Los intelectuales en la sociedad democrática*. Madrid: Cambridge University Press.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. México D. F.: Editorial Grijalbo.
- Gramsci, A. (1984). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1997). *Cultura y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Knigh, A. (1989). Los intelectuales en la Revolución Mexicana. *Revista Mexicana de Sociología*, 2(51), 25-65.
- Krieger, L. (1973). The Autonomy of Intellectual History [La autonomía de la historia intelectual]. *Journal of the History of Ideas*, 34(4), 499-516.

La Capra, D. & Kaplan, S. (eds.). (1982). Rethinking Intellectual History [Repensar la historia intelectual], capítulo 2, en *Modern European Intellectual History*. Ithaca: Cornell University Press.

Le Goff, J. (1996). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa.

Loaiza, G. (2002). Los intelectuales y la historia política en Colombia. En C. Ayala (ed.), *La Historia política hoy, sus métodos y las Ciencias Sociales*. Simposio realizado en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 22-25 de mayo del 2002. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mannheim, K. (1957). *Ensayos de sociología de la cultura. Segunda parte: "El problema de la Intelligentsia"*. Madrid: Ediciones Aguilar.

Merton, R. K. (1980). *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Madrid: Espasa-Calpe.

Said, E. W. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós Ibérica.

